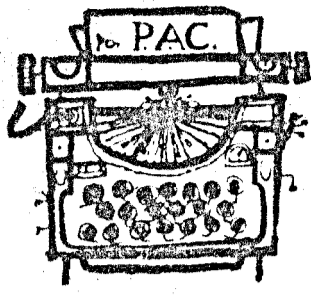


# escrito a máquina

Un recuerdo y  
una elegía

## Managua: o la urbanidad perdida



DEDICADO AL PRESIDENTE DE LA  
REPUBLICA DOCTOR RENE SCHICK

Se me pasó todo el mes de septiembre y luego octubre —contra todas mis buenas intenciones— sin dedicar un comentario a la muerte de uno de los grandes hombres representativos de nuestra época: Le Corbusier. Lo que es Picasso en la pintura, lo que fue Einstein en la ciencia, lo fue en la arquitectura del Siglo XX este Charles Edouard Jeanneret, de la Suiza francesa, nacido en 1887, q' se colocó un viejo nombre de familia, Le Corbusier, para revolucionar los conceptos del arte arquitectónico de una manera radical, para exigir, como un Descartes del cemento armado un racionalismo extremoso, funcional, inspirado en las formas del cubismo (proclamando la casa —¡tremenda definición!— como máquina para vivir) y elevando una arquitectura fría, rigurosa y lógica —pero deducida de las dimensiones de la figura humana—. Este viejo Le Corbusier que nos seducía y nos crispaba los nervios con su célebre villa Savoye, o su ciudad vertical de Ville Radieuse, en Marsella, o su apasionante libro: "Cuando las catedrales eran blancas", parecía dirigirse a la deshumanización del panal y del hormiguero —con su humanidad teórica, igualitaria y planificada— cuando se abrió el abismo de la segunda guerra, y —entonces— sin perder su simplicidad, encontró en el dolor una dimensión humana nueva. Antes deducía sus conceptos de la figura humana como cifra. Ahora ya hay otra cosa. Se "siente" en sus nuevos edificios y sobre todo en ese palomar místico de su capilla de Ronchamp, la cuarta dimensión, la del hombre corporal cuyo ser no es sólo mente sino "alma en el cuerpo"; "hombre humano" y no abstracto o pitagórico.

Pero me duele haber recordado al gran viejo de "Le Modulor" contrapunteado por una información de "LA PRENSA" de ayer, sobre el proyecto o atentado urbanístico de levantar un gran hotel en la explanada de la Loma.

Me acordé de Le Corbusier quien siempre que iba a trabajar en un proyecto de casa o de edificio, alquilaba un helicóptero para volar sobre la ciudad y sobre la zona donde iba a levantar su obra, para integrarla a ella, para no romper con la ciudad sino incorporarse a ella como se incorpora un verso a la unidad y al ritmo del poema. Así lo hizo en Tokio, en Moscú, en Brasil, en Barcelona. Pero ¿qué diría su ojo de águila si viniera a Managua, y después de encontrar a la ciudad casi de espaldas a su lago —después del crimen de convertir su lago en cloaca— la sorprende ahora revolviendo su espíritu de irrespeto contra el otro polo de belleza de la ciudad, para destruir el símbolo y la dignidad de su Loma de Tiscapa, el asiento mismo de la capitalidad, colocando allí —en el lugar que el pueblo, con buen sentido lingüístico ha llamado "la explanada": lugar vacío y de respeto— el símbolo contrario, el Hotel, la posada de lo inestable, el albergue pasajero del turista, el techo de los que no son vecinos ni habitantes, la expresión, incluso arquitectónica, de lo no-nacional?

¿Qué le pasa a esta desgraciada ciudad sin sentido de sus propias formas? —diría Le Corbusier— porque nos miraría con una ansia inexplicable e inexcusable de aglomeración y de promiscuidad urbana; se reiría de lo que nosotros llamamos parques, de la pequeña cuchilla del Fray Bartolomé, de la glorieta pigmea de Santo Domingo, de nuestro escaso y ya recortado Parque Central, de "la placita" apretada dedicada a Rubén —tierra tropical, caliente, llena de belleza vegetal y sin embargo pinche y avara en darse parques y zonas verdes! Y, cuando ha quedado medio ilesa —quizás por el miedo, no al Poder sino del Poder— la altura símbolo de la capital, cuando esas tierras —que debían ser jardines y lujo verde de la ciudad— han sido ya por ley convertidas en "TERRENO DE LA CAPITAL NACIONAL" . . . viene otra vez el negocio, —el "interés" con su serpiente del signo de \$ mordiendo, envenenando la Belleza, que es desinteresada— y va a levantar el "gran" Hotel, el monstruo sin raza, en el pecho mismo donde se concreta la soberanía. ¡Humillante signo! Junto a lo presidencial, junto a lo que preside la vida nacional, ¡no el pueblo, no! el turista! Junto a la etiqueta y la solemnidad de la República, el short, los baños de sol con gafas negras, el casino, el "souvenir" de la vieja en bikini con el paisaje de fondo de nuestro "augusto" ejecutivo!

Ya el viejo Dictador llenó de horribles casas prefabricadas y cuarteles ese lugar de altura cívica, marcándolo con un sentido feudal. Ahora, tras la bayoneta el dólar, completaremos la fisonomía de Managua —ya sin Lago— cerrando, disminuyendo, su altura capital con la mole del nuevo hotel, aunque la Oficina Nacional de Urbanismo y luego el Tribunal de Apelación de Urbanismo, haya dicho: no. Ya no digamos la Belleza, la misma Técnica, tiene que ceder ante el poder del negocio.

¡Ciudad-negocio! ¡Ciudad donde sólo priva el interés . . . tus piedras van marcando nuestra traición a toda concepción alta, digna y desprendida: tu Corte Suprema la colocarás vecina al Estadio, para que todo sea un solo juego: tu gran Hotel junto a la Presidencial para invectarle al Gobierno contenido turístico, tus parques los irás reduciendo porque la salud y la alegría no

# **- VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA**

entran sino el dinero; tus casas las irás dividiendo y subdividiendo hasta emparedar a tu pueblo degenerarlo porque lo único que cuenta es la buena moneda!

Lástima que el recuerdo de Le Corbusier me haya servido para esta triste elegía sobre anagua!

**PABLO ANTONIO CUADRA**